

Pedro Garfias: poeta del destierro

Luis Rius

Hay tres etapas en la obra poética de Pedro Garfias: la esteticista, la comprometida y la intimista; corresponden a ellas, no exclusiva, sí predominantemente, tres cauces expresivos: el vanguardista, el popular-tradicional y el (¿cómo llamarlo?) indiferente o vario; fechas y títulos respectivos: hasta 1923, *El ala del sur*; de 1936 a 1939, *Poesías de la guerra* y *Héroes del sur* (reunidos ambos en una reimpresión hecha ya en México en 1941 bajo el título *Poesías de la guerra española*); de 1939 a 1967, *Primavera en Eaton Hastings*, *De Soledad y otros pesares*, *Viejos y nuevos poemas* y *Río de aguas amargas*.

Claro que lo anterior no es más que un esquema, una excesiva simplificación de la variedad tonal y temática de la obra poética de Garfias, al que habría que colmar de salvedades y excepciones. Pero si he querido iniciar con tal esquema este artículo es porque Garfias no ha sido aún estudiado, ni bien ni mal, por los historiadores de la literatura española contemporánea, y creo útil dar esa primera pista ordenadora de su obra.

Pedro Garfias fue uno de los integrantes más destacados del grupo ultraísta, que revolucionó la vida literaria española de 1918 a 1922 poco más o menos. De aquella época nos deja ver qué escasamente ultraísta fue en el fondo el poeta salmantino-andaluz, no obstante haber participado con tanto fervor en actos, manifiestos y una

que otra extravagancia que aquel movimiento de jóvenes llevó a cabo. Pese a los magníficos “éxitos de incomprensión” que obtuvo, las audacias metafóricas de Garfias no alcanzaban a las que buscaban y a veces lograban sus compañeros: Gerardo Diego, Jorge Luis Borges, Guillermo de Torre, entre ellos; la influencia de la greguería ramoniana, aunque también se dio en él, no fue profunda, como tampoco el influjo de Huidobro. Por otra parte, la subjetividad afloraba de manera vibrante



Arturo Souto. *Paisaxe de Outono*, 1944

Los Universitarios agradece a Arturo Souto Alabarce y Matilde Souto Mantecón el habernos autorizado la reproducción de las ilustraciones del libro *Arturo Souto. "Catalogación arqueológica y artística de Galicia" del Museo de Pontevedra*, publicado en 1997 por la Fundación Pedro Barrié de la Maza bajo la coordinación general de José Carlos Valle Pérez.



Arturo Souto. *Paisaje mexicana*, 1954

a su palabra poética desde esos primeros poemas, por más que él pretendiese lo contrario y, frecuentemente, de añadidura, ordenándosele en formas tradicionales, ya fuese al estilo de canción o de copla andaluza como en el caso de este poemita:

Pon en mi frente tu mano
y halágame esta aspereza
de sueño desmelenado,

o de este otro, de espíritu becqueriano:

De mi balcón flotante
fui colgando tus besos

Y ahora todas las noches
repican con el viento.

Con todo, al Ultraísmo más que a ninguna otra tendencia se afiliaba aquella poesía suya de mocedad que tanto prestigio le dio, lo mismo entre sus compañeros (Garfias fue el director de la última revista ultraísta importante: *Horizonte*), que entre las grandes figuras ya consagradas: “[...] entre los poetas jóvenes hay muchos portentosamente

dotados: Guillén, Salinas, Lorca, Diego, Alonso, Chabás, Alberti, Garfias” —escribía en un artículo publicado el año 1929 Antonio Machado.

Y en aquel preciso momento de triunfo que le significó la publicación de su primer libro, Pedro Garfias dejó de escribir. Su decisión de no hacerlo más la consideró él mismo definitiva. Su desconexión de sus antiguos compañeros y demás hombres de letras fue total. Aquel silencio suyo no fue nada breve; duró más de diez años. Y fue una circunstancia histórica especialmente dolorosa, brutal: la Guerra Civil Española, la que vino a sacarlo de él.

Entonces Pedro Garfias sintió despertarse por dentro una potente incitación que espoleó sus nervios, sus músculos, su inteligencia. Violentamente sumergido en la acción, defendiendo la causa del pueblo, anduvo en las trincheras, fue soldado y comisario, luchó de principio a fin hasta que la derrota lo arrastró en su éxodo detrás de los Pirineos, hambriento y desolado.

Y aquel estallido cainita de 1936 no sólo a la acción guerrera, sino nuevamente a la creación poética impulsó a Garfias. Su sensibilidad en extrema tensión volvió a tener la necesidad del



Arturo Souto. *Naturaleza muerta*, 1929



Arturo Souto. *Retrato masculino*, 1945-1950

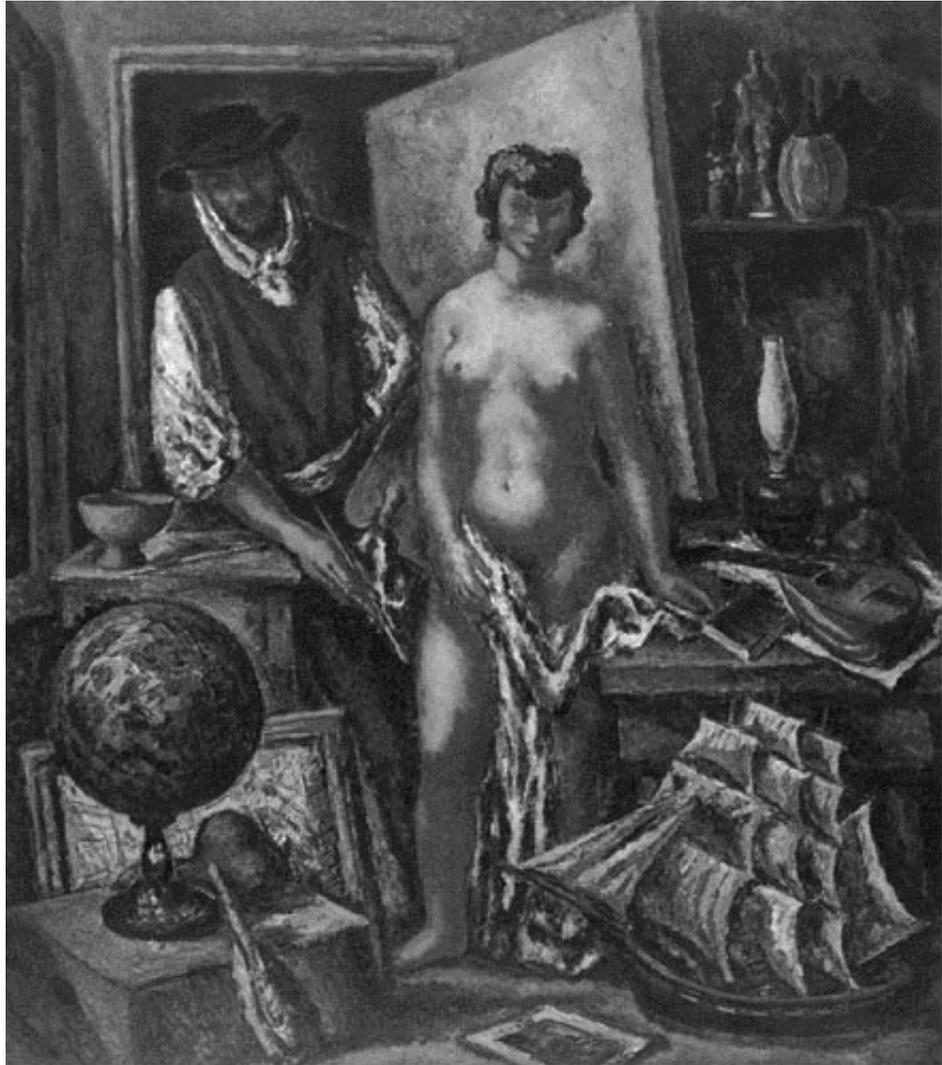
canto. Y éste, nacido ahora de una experiencia inmediata tan sobrecogedora, fue ya muy distinto del que contenía *El ala del sur*. El cristal de la literatura estalló en mil pedazos al impacto del hierro de la guerra; la palabra escueta, dura, desnuda, urgente acalló el sonido frágil de la greguería. Poesía fue entonces la de Pedro Garfias más que comprometida; poesía militante, arma de guerra ella también; voz de mando, arenga, informe de campaña, historia: todo ello fue el material que Garfias convirtió en poesía entre el fuego cruzado de las trincheras, en ratos robados al sueño, cumplida su extenuante jornada de comisario.

Soldado y poeta durante tres años fue Pedro Garfias; otros muchos lo fueron también: en el siglo XVI Ercilla y Garcilaso y Francisco de Aldana, Lope en el XVII, en el XIX Quintana. Pero el antecedente más legítimo de *Poesías de la guerra* y de *Héroes del sur* no está en la obra de ningún poeta culto, sino en la del pueblo español de fines de la Edad Media, en el Romancero, y particularmente en los llamados romances fronterizos. Como aquéllos, muchos de los romances de estos dos libros cantan al tiempo que informan sobre algún acontecimiento de la Guerra Civil: la conquista

o la pérdida de una ciudad, el movimiento de un cuerpo de ejército, la muerte de un jefe, y su acento es, como el de los viejos versos populares, épico y lírico a un tiempo, materia objetiva, histórica y expresión altamente afectiva de ella.

El prestigio que como poeta había logrado en sus comienzos ultraístas hacía muchos años, aumentó considerablemente merced a estos nuevos poemas, y a él vino a sumarse una popularidad que su nombre no había conocido antes. Por sus *Poesías de la guerra* le fue concedido a Garfias el Premio Nacional de Literatura en 1938; el jurado lo formaban Antonio Machado, Enrique Díez-Canedo y Tomás Navarro Tomás.

Es de sus libros del destierro de donde surge la nueva imagen del poeta, solitario y siempre deambulando a la deriva, por el campo en *Primavera en Eaton Hastings*, por las calles citadinas en *Río de aguas amargas*. Su anterior poesía no nos reflejaba esa imagen de Pedro Garfias; el poeta se hallaba con los pies firmemente asentados en el suelo para cantar el mundo de su adolescencia en torno suyo, fijándose en él más que en sí mismo, en *El ala del sur*, o bien, en *Poesías de la guerra española*, para cantar el bárbaro desgarramiento que esa



Arturo Souto. *Obradorio do artista*, 1935

realidad circundante y amada padecía. Lo que se movía de continuo ante sus ojos y necesitaba ser apresado en el verso para comprenderlo y salvarlo era lo de afuera. Con el destierro se produce el cambio radical en la percepción del poeta: lo asentado, lo inmutable es el mundo en torno, y él la presa desasosegada que deambula sin cesar, huyendo, buscando, temiendo, esperando. El poeta, el hombre, ha perdido su rumbo y a él es a quien su verso busca para fijarlo, para descubrirlo. Hay un párrafo de Américo Castro referente a Unamuno que podría aplicársele perfectamente a la vida y a la obra de Garfias a partir de 1939: "Lo fecundo en él era su maravillosa desesperación.

No sin misterio los angloparlantes nos han tomado el vocablo desesperado (aunque a bajo nivel), lo mismo que grandioso. Los españoles han creado más partiendo de la desesperación que del problematismo".

Llorar, dormir, soñar, morir, son las cuatro palabras clave de la poesía de madurez de Pedro Garfias.

El 9 de agosto de 1967, Pedro Garfias murió. Tenía sesenta y seis años de edad y veintiocho de ir llevando su soledad, su pobreza por las calles de la capital de la República y de las ciudades mexicanas que más amaba, y donde mucha noble gente le admiró, le quiso y le dio amparo: Guadalajara, Monterrey, Guanajuato, Puebla... Bajo la tierra



Arturo Souto. *Na Praza do Campo*, 1930



Arturo Souto. *Feira*, 1931



Arturo Souto. *Mariñeiros*, 1930

de una de ellas yace ahora su cuerpo, que tan fatigosamente le pesaba al poeta; un cuerpo lleno de dolores, maltrecho, al cual aludía con frecuencia en sus poemas. Pedro Garfías parecía viejo, enormemente viejo, desde hacía muchos años, con su melena gris que se volvió del todo blanca en los últimos meses, y su andar torpe, casi arrastrando los pies. Pero dentro de ese cuerpo ruinoso, esta voz testimonial purísima:

Como andaba a su manera,
tropezaba;
se caía; rehacía
su cuerpo y lo levantaba.
Perdón pedía a la piedra,
y a todas partes llegaba.

Errando siempre, como huyendo de sí mismo o, al revés, buscándose, escudriñando y al mismo tiempo rechazando sus recuerdos, buscando con quién hablar, hablando solo, pensando sus versos, componiéndolos de memoria, trabajándolos en ella una y otra vez sin tener qué comer durante días enteros, bebiendo, “peleándole” —como a él le gustaba decir— a la vida, a la noche, aquel vagar callejero de Pedro Garfías, incesante, tremendo, fue su sola compañía verdadera, y a lo largo de él fue haciendo y publicando —esto último de cualquier modo— su obra extraordinaria. Le gustaba decir sus poemas a la gente. Otaola

describe bien cómo lo hacía: “Pedro Garfías va a recitar y eso sí que es un espectáculo. Siempre, en el arranque, titubea un poco, mueve mucho la cabeza y las manos para atrapar definitivamente el poema. Su temperamento no le deja en paz los nervios. Produce la impresión de que lo va a reconstruir con mucho esfuerzo, sobre la marcha. Pero no. El poema sale entero, caliente y estremecido. Viene en carne viva del fondo de la sangre, con dolor, con terrible jadeo, con atroz crispadura de los músculos. Es como si a una madre le obligasen a parir el mismo hijo todos los días”.

Lloró mucho Pedro Garfías. *Río de aguas amargas* se llamó su último libro, y un río de aguas amargas fue, en verdad, su vivir. El llanto le proporcionó a veces consuelo, pero al acumularse, al no cesar nunca, le fue dando sobre todo una larga fatiga, y entonces soñaba plácidamente con la muerte. Morir era fácil en el sueño de Pedro Garfías, que sentía extrañamente, sin embargo, que no acababa nunca de morir. La muerte tardaba en llegar, ¿por qué?, si hubiera sido tan sencillo morir hace mucho tiempo, antes de haber acumulado tanto llanto, tantos sufrimientos, antes de haber nacido; no era casi nada morir:

Alguna pena nueva
que se junte a las viejas
ya acomodadas y las desordene.
Otra sombra en la frente.



Los Universitarios ofrece a sus lectores el texto de presentación para el disco de Voz Viva de México cuya edición en compacto fue publicada recientemente por la Dirección de Literatura de la UNAM.



Arturo Souto. *Patía*, 1934



Arturo Souto. *Cabalo no portalón*, 1932-1933

Un resbalo en la noche.
Cualquier tropiezo de la sangre torpe.
La madrugada a modo.
Un poco más de frío..., y eso es todo.

¿Quién fue Pedro Garfías? ¿Cómo era Pedro Garfías? ¿Qué buscaba, qué deseaba, qué esperaba? ¿Qué pensamientos le laceraban, qué recuerdos retornaban más tenazmente a su cabeza? ¿Quién era aquel hombre viejo, corpulento, encorvado, torpe de pies, con una melena gris, musitando cosas en la noche, que se perdió allá a lo lejos, por

aquella calle deshabitada? ¿Iba a alguna parte?
¿Buscaba a alguien?

Él iba solo,
tambaleándose.
Borracho de amor,
borracho de hambre,
borracho de alcohol,
quién sabe.

Él iba solo,
tambaleándose. ❶